

NEXUS

# MANOS LIMPIAS

JOËLLE BUSCA

“Es el margen el que sujeta las páginas”.

Jean-Luc Godard

En una exposición es el comisario el que se ensucia las manos, política, estética, económica, intelectual y afectivamente; él escoge, piensa, gasta, corta, momifica, estropea, triunfa, devora, digiere, regurgita y engaña. Transforma lo perecedero en impercedero, lo anodino introducido en el museo. Él se angustia y se interroga, en soledad. Una exposición no es un manifiesto. Es un momento en la vida del arte. Humildemente, en lo que a nosotros atañe, un intento de sacudir el cocoteo.

Desorden falso o real, el encuentro consiste en recomponer un orden propio para exhibir y decir aquello que precisamente nada tiene que ver con el orden. Arte y orden, no existen dos palabras más antinómicas. El CAAM no es un museo-congelador; se ofrece completamente a lo moderno. Esa fue la primera emoción, un museo tan bello, grande y tranquilo, enteramente dedicado a una sola exposición. La audacia, el valor de estar constantemente yendo en una sola dirección. No hay posibilidad para el visitante descontento de buscar consuelo en algún otro edificio vecino.

Nuestra cultura es así, infla un objeto hasta convertirlo en símbolo. Hablo aquí de la exposición que celebraba el bicentenario de la Revolución Francesa en el Centro Pompidou y en la Villette, en París, en 1989. Se tuvo que montar *Les Magiciens de la terre*, y aquel momento y aquellos lugares fueron entonces los correctos, aunque nadie vino después. Como si tal profusión de cosas fuera a dejarnos sin palabras. No se contempla el símbolo, se pone sobre un pedestal y deviene un diabólico referente censor. *Los Magos de la tierra* fue la ruptura epistemológica de la exposición de arte contemporáneo. Algo que se llamaba arte en otro lugar, había entrado en un centro de arte occidental muy importante.

Si yo conociera el arte de aquellos lejanos países...(lo único que hay que hacer es viajar para conocerlo); entonces se abrió mi mirada de comisaria sobre una posibilidad; hasta aquel momento los museos occidentales me parecían totalmente herméticos. De hecho, lo son, podemos abrir un boquete en su bella armonía, aunque jamás una brecha auténtica. Fue, hasta cierto punto, una primera combustión del agua. Políticamente correcta y plagada de defectos, aunque muy regoci-



Calixte Dakpogan. *Derzon*, 1994. Soldado de metal. 155 x 45 x 41 cm. Foto Denis Rouvre.



Abdoulayé Konaté. *Hommage aux chasseurs du Monde*, 1994. Foto Denis Rouvre.

jante e impactante. Después nada fue tan rápido como nos hubiera gustado; hoy en día tenemos que coger el toro por los cuernos y plantarle cara a las necesidades: crear un mercado. Para poder mostrar y para que los artistas puedan trabajar. Paradoja, dirán sin duda. No hay hipocresía; para que funcione el sistema, es necesario tener coleccionistas, críticos, revistas especializadas, hay que inventar palabras y términos, difundir la información, interesar a los museos y galerías. Balizar un terreno, ocuparlo y después saturarlo. Todo esto antes de que los artistas de allende los mares puedan diluirse en la masa ordinaria del mundo del arte contemporáneo. En esta empresa excitante y útil nadie más que el vecino. Todos buscamos, intentando mantener nuestras manos lo más limpias posibles.

Con *Otro País: Escalas Africanas* no queremos mantener una posición de falsa heroicidad. Vivimos aún las reveladoras contradicciones de la división política, económica, militar, sanitaria, cultural entre el Norte y el Sur. Nosotros, ustedes de Canarias, de España, y yo del Sur de Francia, que nos consideramos del Sur aunque somos del Norte, conocemos precisamente el dolor de esta separación que se agranda cada día hasta insinuarse en nuestra sociedad desarrollada. Recuerdo un dibujo cómico que hacía decir a dos sudafricanos, a un blanco y a un negro, que se estrechaban la mano: “Ya no hay más apartheid, ya no hay ni blancos ni negros, sólo hay pobres y ricos.”

No obstante la distancia mengua entre nosotros y aquellos que desprenden exotismo. Las disciplinas de lo lejano, la

etnología, la antropología, modifican su relación con el objeto de su estudio. El tema de la relación con el otro es siempre central, tanto más cuando la crisis –aceleración de la historia, encogimiento del planeta, individualización de los destinos,– es mundial. Por vez primera en la historia de la humanidad la idea del planeta es accesible a todos.

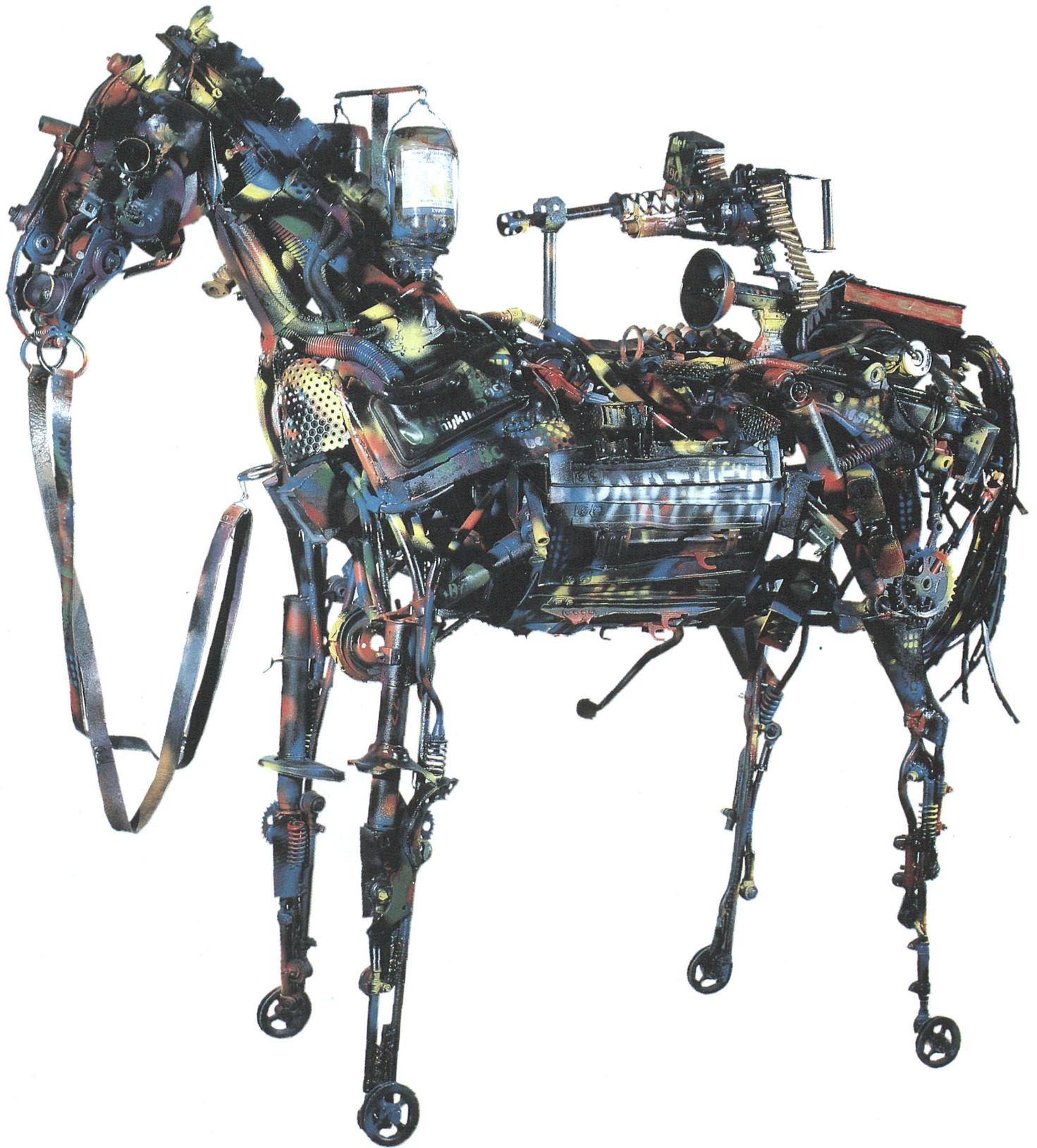
Dejemos de creer en estas ingenuidades humanistas: el encuentro de las culturas mundiales nos cambia perpetuándonos. Occidente cree que puede con todo. Olvida que es pequeño, débil y está herido, y por tanto es ridículo. El mestizaje es una alquimia personal y social. La deportación, el compromiso, la colaboración, la colonización: ¿nos habremos ya olvidado?

Las derechas extremistas europeas tienen la boca llena de respeto para las diferencias: “ellos” son tan diferentes y tan respetables en su alteridad que más vale enviarlos a casa. El pluriculturalismo que se ha desatado en EEUU conduce a una explosión de los vínculos sociales en micro-identidades que sencillamente corroboran el viejo principio: divide para gobernar, colmo de lo anti-democrático. El aislamiento segregacionista al cual se ven abocadas las minorías transformadas en *lobbies* socio-económicos, los negros, hispanos, *gays*, mujeres, minusválidos, sólo refuerza el axioma fundamental del capitalismo: cada uno a lo suyo y que gane el mejor. Y la exposición del museo Whitney *Black Male*, con la confusión de su propósito, de sus elementos y de su debate acompañante ilustra perfectamente mi pensamiento.

Otro peligro: el imperialismo de la mirada occidental que quiere reducir todo a una normativa común. La suerte radicaría más bien en el derrumbe actual de estos valores estereotipados: occidente pierde sus referentes. Nuestra era es terrible,



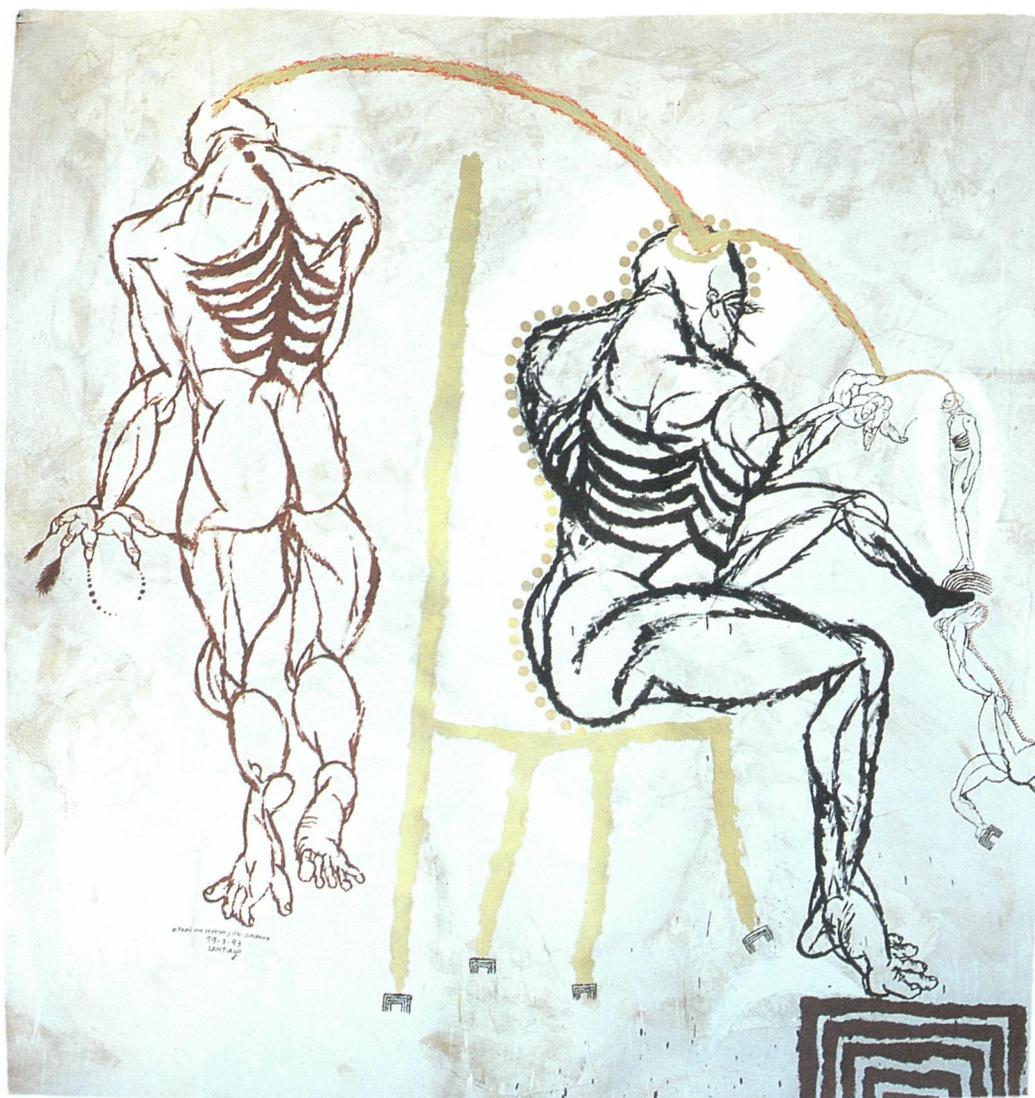
Nal Vad. *Big Joe*, 1993. Foto Denis Rouvre.



Willie Bester. *Caballo de Troya*, 1994. Foto Pablo Linés.



Bili Bidjocka. *Cien títulos*, 1994. Foto Antonin Borgeaud.



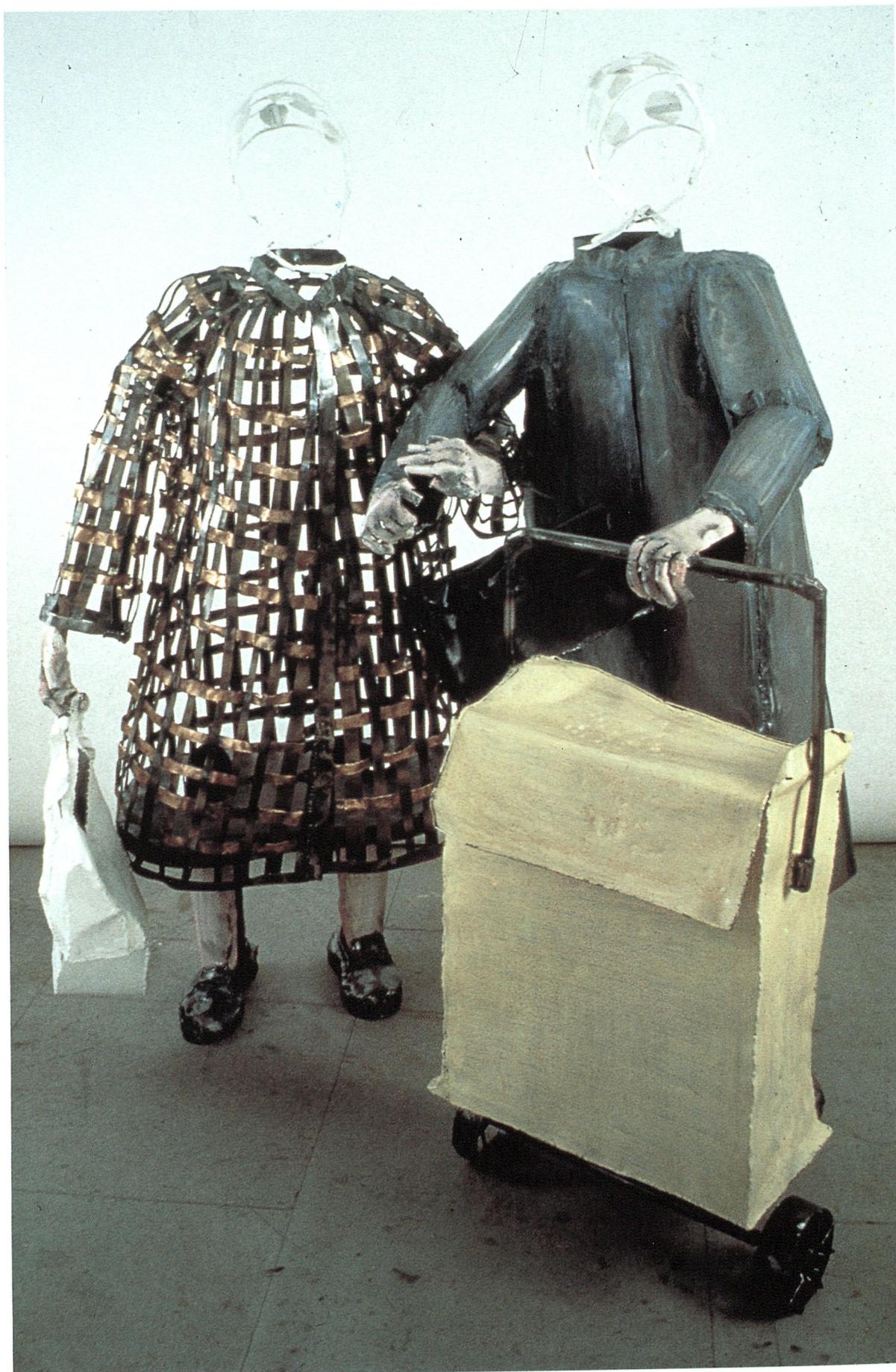
Santiago Rodríguez Olazábal. *Parió un derecho y otro jorobado*, 1993. Témpera, acrílico y collage sobre cartón. 220 x 210 cm. Foto David Damoison.

lo que verifica lo que el arte viene anunciando tras un siglo: el estallido de lo cotidiano. Aprovechémonos para llegar a una radicalidad mayor, y tal como lo hace el caballo de Troya de Willie Bester, penetremos en los museos y las exposiciones, abramos la mirada occidental al punto ciego en que se encuentra el arte contemporáneo: el arte de otra parte. Esta exposición es una interrogación y no una ilustración.

Nuestro mundo no tiene piedad con los artistas. El neofascista ministro italiano de cultura Domenico Fisichella, declara fríamente: “sólo le atribuimos el estatuto de obras de arte a las formas estéticas pluriseculares”. Un debate patético y

vano agitó mucho a los intelectuales parisinos: “¿es el arte contemporáneo una impostura?” como si el arte contemporáneo pudiese ser unívoco.

Todos los artistas son víctimas de esta reestructuración y de la pérdida de libertad, como también lo son de un mercado depredador o de poderes fácticos que operan en todas las sociedades. La censura en el arte es actualmente un hecho aislado brutal. Si se prohíbe una exposición –Paul McCarthy y Robert Mapplethorpe– no deja de ser una acción espectacular y excepcional. La censura eficaz es muchísimo más insidiosa y pernicioso: sencillamente prohíbe cualquier acceso al mercado.



Sokari Douglas Camp. *Rose & I*, 1992. Cobre y acero. 170 x 135 x 79 cm. Foto Denis Rouvre.



Francisco Cabral. *Rib Cage*, 1986. Madera y metal. 203 x 61 x 61 cm. Foto David Damoison.



Marc Latamie, 1991. Plexiglás y metal. 30 x 60 x 100 cm. Foto Denis Rouvre.



Zéphania Tshuma. *I am thought him*, 1991. Madera.  
44 x 12 x 17 cm. Foto Pablo Linés. Colección J. Blenck, Colonia.

Condena al desconocimiento secciones enteras del arte contemporáneo, en virtud de criterios inoperantes y misteriosos. Solamente la ampliación real del mercado les permitirá a los artistas africanos y caribeños el existir como tales. Se cita siempre en calidad de excepción extraordinaria, el éxito de Jean Michel Basquiat en el mercado internacional. La fulgurante y dramática ascensión de este artista verifica la idea de que es en efecto el mercado el que tiene la potestad exclusiva de decidir la carrera de un artista, escogiendo exhibir a tal o cual creador en un momento que él juzga oportuno, puesto que la muestra

de la obra insuflará un poco de innovación a un escenario decaído y agotado. El único artista negro que pudo, en un momento dado, jugar en iguales condiciones que los artistas blancos en su blanco mercado, murió rápidamente de una sobredosis y lo digo sin asomo de cinismo.

Estos artistas que vienen de otra parte son como hermanos de aquellos provenientes de EEUU o de Europa. Obnubilados por las revolturas del ego, preocupados por las grandes y eternas cuestiones de la vida, de la muerte, del amor, hablan del exilio, de la pobreza, del SIDA, de la libertad. Como cualquier otro artista, da igual de dónde y quién, su deseo es crear y mostrar su trabajo, lo más alejado posible de los problemas de orden material.

El espíritu de este proyecto que hemos nombrado *Otro País: Escalas Africanas*, es muy claro: hacer conocer el arte de otra parte. Mostrar una porción de la creación en Africa y en el Caribe. No como una curiosidad exótica o etnológica, sino como un trabajo de gran calidad que tiene su lugar en los museos internacionales, tal como lo es el CAAM.

Nuestro lema es éste: ¿Qué es el arte? Mirémoslo desde más cerca. Sabiendo que a veces lo más próximo geográficamente está al otro extremo del mundo.

Deseo definir en términos excluyentes "Otro País". Esta exposición no es:

- un manifiesto sujeto a una idea de la raza o de lo racial
- un panorama objetivo del arte africano y del Caribe
- una poética sobre los orígenes
- un simulacro antropológico
- una definición de tendencias
- una estrategia de penetración



Aimé Ntakiyica. *Arbre à palabre*, 1994. Madera, tela y pigmentos. 142 x 115 cm. Foto François Lahaut.

un juego de fronteras

una investigación de efectos polémicos.

Lo que es se dice fácilmente: un abordaje en tierra desconocida. La cristalización de un deseo, la expresión de una insatisfacción. Mostrar lo que no se ve con frecuencia. Hemos luchado contra una topología y un sentido para llegar finalmente a esta muestra muy subjetiva. Yo no sé si la exposición en sí sea el método idóneo para exhibir obras artísticas, no sé si el

museo, un instrumento de exhibición. No sé simplemente si se debe multiplicar esta clase de iniciativas porque existen museos, un público y dinero para tal fin. Y francamente, con modestia, para vulgarizar.

Lo que un artista desea en el momento de exponer es sutil y normalmente confuso. El papel del comisario en una exposición como ésta, de veinticinco artistas y ochenta y una obras, es respetar la complejidad de las identidades para hacer



Mickaël Bethé Selassié. *Mama Africa*. Papel maché. acrílico. 245 x 92 x 80 cm. Foto Pablo Linés.

que las obras se encuentren, reforzar las interacciones y subrayar las diferencias.

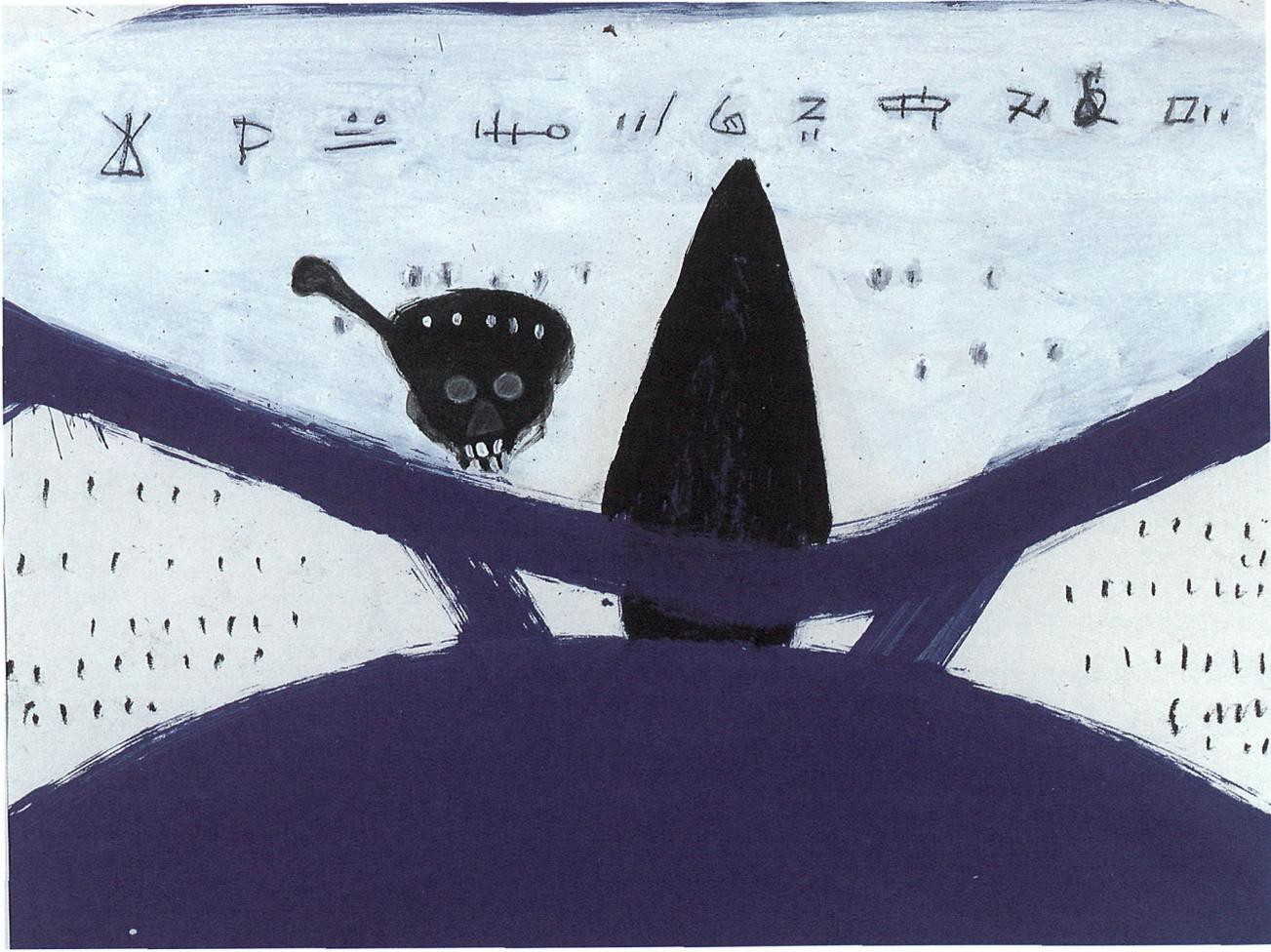
Africa y el Caribe son en esencia lugares mestizos. Esto significa que los ingredientes míticos y reales están inseparablemente mezclados. Por tanto, podemos escuchar historias formidables en que la verdad y la mentira son facetas inextricables.

¿Acaso podrá “Otro País” hacer que las cosas avancen? Lo creo, y me comprometo a decir que esta exposición es hasta subversiva. Actualmente, yuxtaponer arte conceptual y formas expresionistas, mostrar obras no-exóticas venidas de estos países, proponer un reencuentro entre Africa y el Caribe, no es práctica común.

El discurso plástico de esta exposición es el de la multiplicidad. Estos artistas vienen del Tercer Mundo, al margen de que el Tercer Mundo exista en nosotros, en las periferias de las ciudades, y aunque no esté siempre condenado a ser el Tercer Mundo, y aunque no sepamos bien exactamente dónde está.

A la hora en que reemergen los nauseabundos debates sobre la colonización y sus beneficios, los negros están incapacitados para sobrevivir bajo el dirigismo blanco, (recuerden el éxito del concepto falaz de la guerra étnica en Ruanda), “Otro País” es una iniciativa sana, no ingenua y útil.

Me gustaría decir, para acabar, cómo me encantaría que nadie jamás vuelva a tener la oportunidad de escribir estas palabras terribles, de Octavio Paz: “Genets de la periferia, habitantes de los barrios de la historia, somos los comensales no invitados, que hemos entrado por la puerta de servicio de Occidente, los intrusos que llegan al espectáculo de la modernidad cuando las luces empiezan a apagarse. A todas partes llegamos tarde, nacemos cuando ya es demasiado tarde en la historia.”



Bakari Ouattara. *Sin título*, 1991. Oleo y pastel sobre papel. 56,5 x 76 cm. Foto Serge Veignaut. Cortesía Galería Boulakia, París.



William Wilson. *Le rendez-vous*, 1990. Acrílico sobre lienzo. 130 x 162 cm. Foto François Boissonnet.